

intuición emocional de *Bergson*. Pero esta intuición emocional—sabemos nosotros—se halla no en la esfera intelectual, sino en la de la voluntad. En las corrientes actuales de la psicología, que hacen pasar a primer término lo volitivo, frente a lo intelectual, *Bergson* ha sido uno de los eslabones fundamentales.

La vivencia del espacio como horizonte infinito no es la misma en los diversos pueblos y culturas. Bellamente recuerda *Spengler* que la cultura egipcia, con sus monumentos funerarios—las pirámides—, masas enormes que cierran el camino y dominan el paisaje, con un interior de corredores, de paredes decoradas en sentido vertical, evitan la emoción de profundidad; no hay otra dirección que la del camino que lleva a su término: la tumba. Y en la arquitectura árabe, cuya alma toma como símbolo del mundo la cueva, las ventanas no son más que un momento negativo, una forma utilitaria que no llega a adquirir valor artístico. Cuando sean imprescindibles se abrirán en lo alto como para disimularlas y eliminarlas de la impresión artística. En la arquitectura árabe el muro se cierra compacto formando una cueva, cuyas paredes no atraviesan ni una mirada ni una esperanza. Bien lejos, la catedral gótica y más tarde la arquitectura y todo el arte barroco, en el que el espacio, su fusión con el mundo en torno es la preocupación fundamental. Pero es que las grandes hazañas de la conquista del espacio ya se habían llevado a cabo: *Copernico* en el firmamento y *Colón* en los mares y la tierra.

Así pues, la conciencia activa, vigilante vive el espacio, el mundo como profundidad. La pasiva es bideimensional. El hombre de acción vive cotizando constantemente el factor espacio que es tiempo. El niño quiere coger la luna y no nota en el dibujo su falta de perspectiva. Y el soñador no cuenta con el espacio ni el tiempo o cuenta tanto, resultan uno y

